

LA  
MUJER MEXICANA

---

Estudio escrito  
y dedicado á la distinguidísima  
Señora Doña

CARMEN ROMERO RUBIO  
DE DIAZ,

POR JOSÉ M. VIGIL.

---

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARIA DE FOMENTO  
Calle de San Andrés núm. 15.

---

1898



**L**A condición social de la mujer en un pueblo depende de multitud de causas que por lenta evolución la vienen preparando: entre esas causas pueden señalarse como principales, las creencias religiosas, las instituciones civiles, las ideas morales, las costumbres, las tradiciones; con las que se ligan la índole de raza, la influencia climática y otros muchos agentes que no por secundarios dejan de producir resultados positivos. Claro es, por lo mismo, que un estudio sobre la mujer mexicana, para ser completo, debería contener el minucioso análisis de todos los factores que quedan indicados, desarrollando históricamente cada uno de ellos, y viendo cómo se han corroborado, debilitado ó neutralizado entre sí, para llegar á

fijar el carácter social de esa criatura, digna por tantos títulos de amor y respeto; pero teniendo que encerrarme en límites harto restringidos, me contraeré á señalar á grandes rasgos y de la manera más precisa posible, aquello que contribuya á presentar cuestión tan importante en su verdadero punto de vista.

Desde luego necesario es recordar las dos corrientes que, partiendo de orígenes del todo distintos, vinieron á mezclarse para informar la índole de nuestra sociedad: me refiero á la corriente precolombiana, y á la importada por la conquista y que acabó por predominar en la colonia; pues aunque es verdad que la civilización representada por la segunda, era de un carácter incontestablemente superior á la primera, también es verdad que ésta, encontrábase ya á tal altura que no era posible desapareciese sin facilitar el paso á su rival, coadyuvando á su obra progresiva. Menester es, pues, examinar brevemente la condición social de la mujer azteca.

Digno de llamar la atención es, en cuan-

to á mi objeto concierne, el contraste que se advierte entre las creencias religiosas, y las costumbres de los antiguos mexicanos; pues mientras dominaban las más sombrías supersticiones, que dieron origen á un culto bárbaro y sangriento, en el orden moral se advierten máximas y doctrinas de acendrada pureza, que eran objeto de rigurosa observancia por parte de un pueblo severamente apegado á sus leyes y tradiciones. Los grandes actos de la vida; el nacimiento, el matrimonio y la muerte, iban acompañados de ceremonias solemnes, en que no faltaban discursos y oraciones de un sentido profundo, y que tenían aplicación particular según que se trataba del hombre ó de la mujer. La educación estaba sometida á reglas invariables, la de los niños á los padres, la de las niñas á las madres, graduándose hasta en sus menores detalles, la enseñanza que se les daba y las prácticas que se les imponían de año en año.

Cuando llegaban á cierta edad, en que las niñas habían aprendido ya á hacer el pan (*tlaxcalli*), á hilar, tejer y demás faenas do-

místicas, comenzaba la educación pública en el *Calmecac*, de donde algunas pasaban á formar parte de la comunidad de religiosas, consagradas al culto de los dioses. Los votos que éstas hacían eran en lo general temporales. La vida que llevaban era muy semejante á la de nuestras monjas: sus habitaciones estaban anexas á los templos; dábanse el nombre de sacerdotisas ó de hermanas; dormían vestidas en grandes salas; sus acciones eran severamente vigiladas; sometidas á una grande abstinencia hallábanse ocupadas en continuas labores; sus trajes eran blancos y aseados pero sin ninguna compostura; andaban con los ojos bajos y guardaban silencio, siendo castigada con la pena de muerte cualquiera falta que cometiesen contra la castidad. En el interior las superiores estaban encargadas del gobierno de la comunidad, y en el exterior había guardas ancianos que cuidaban continuamente de día y de noche.

Ajeno de este lugar sería detenerme en todos los pormenores relativos á la severidad de costumbres con que eran custodiadas las

mujeres por los antiguos mexicanos; baste decir que nada habrían tenido que aprender de los pueblos más exigentes en esta materia. Sin embargo, para que se tenga alguna idea de la sana y sólida moral que se enseñaba á las jóvenes, reproduciré á continuación algunos pasajes de las lecciones que los padres daban á sus hijos y que con el nombre de *huehuellatoli*, pláticas antiguas, nos han sido transmitidas por los historiadores.

“Hija mía de mis entrañas nacida, decía la madre á su hija, yo te parí y te he criado y puesto por crianza en concierto, como linda cuenta ensartada; y como piedra fina ó perla, te ha pulido y adornado tu padre. Si no eres la que debes, ¿cómo vivirás con otros, ó quién te querrá por mujer? Cierto, con mucho trabajo y dificultad se vive en este mundo, hija, y las fuerzas se consumen; y gran diligencia es menester para alcanzar lo necesario, y los bienes que los dioses nos envían. Pues amada hija, no seas perezosa ni descuidada, antes diligente y limpia, y adreza tu casa. Sirve y da aguamanos á tu

marido, y ten cuidado de hacer bien el pan. Las cosas de casa ponlas como conviene, apartadas cada cual en su lugar, y no como quiera mal puestas, y no dejes caer algo de las manos en presencia de otros. Por donde, hija, fueres, ve con mesura y honestidad, no apresurada, ni riéndote, ni mirando de lado como á medio ojo, ni mires á los que vienen de frente ni á otro alguno en la cara, sino irás tu camino derecho, mayormente en presencia de otros. De esta manera cobrarás estimación y buena fama, y no te darán pena, ni tu la darás á otro: y así, de ambas partes, concurrirá buena crianza y acatamiento. Y para esto, hija, serás tú bien criada y bien hablada. Responde cortesmente siendo preguntada, y no seas como muda ó como boba. Tendrás buen cuidado de la hilaza y de la tela y de la labor, y serás querida y amada, y merecerás tener lo necesario para comer y vestir, y así podrás tener segura la vida, y en todo vivirás consolada. Y por estos beneficios no te olvides de dar gracias á los dioses.....” Por este estilo sigue una serie de consejos en que se inculca

el cumplimiento de todos los deberes y la práctica de todas las virtudes, como lo pudiera hacer un filósofo ó un sacerdote en las naciones más civilizadas de la tierra.

Mujeres que tan alta idea tenían de la moral, no necesitaron grandes esfuerzos para comprender y practicar las enseñanzas cristianas. En efecto, los historiadores de aquellos tiempos hacen los más calurosos elogios de la conducta irreprochable y verdaderamente ejemplar de las recién convertidas. Mendieta refiere el empeño especial con que las niñas indígenas concurrían á las escuelas establecidas por los frailes para recibir la enseñanza religiosa. Escuela hubo á que asistieran más de trescientas doncellas casaderas, "juntas en el patio de la iglesia, enseñándose unas á otras con la mayor sinceridad y honestidad que se puede imaginar." "De donde se puede colegir y entender, añade el docto franciscano, cuán diferente gente es esta indiana, de nuestra nación española y de las otras que en nuestra Europa tenemos conocidas." En cada barrio había matronas que conducían á las jóvenes dia-

riamente á la escuela, y había además alguaciles, diputados de la iglesia, que cuidasen de ellas. Muchas quedaban sin casarse; algunas tenían que salir á los mercados á vender y comprar sus menesteres; no obstante lo cual llevaban una vida tan honesta "como las muy encerradas hijas de señoras españolas, metidas tras veinte paredes, que es de tener en mucho en gente tan abatida y desechada, y puesta entre tantas dificultades y peligros de mal mundo." Formáronse además en varios pueblos asociaciones religiosas ó cofradías, cuyas afiliadas, además del servicio del culto, se dedicaban á obras de caridad, como asistir á los enfermos en los hospitales, y enseñar á los niños en las escuelas, citándose especialmente á Ana de la Cruz, natural de Tlatelolco, notable por sus virtudes. En suma, Mendieta establece la superioridad moral de la mujer azteca sobre el sexo varonil, atribuyéndolo á influencias climáticas, pues "no es maravilla, agrega, si el principal planeta que en esta región reina las favorece y es de su parte, que esto es de naturaleza, aunque la gracia sobre todo."

## LA MUJER MEXICANA.

En la sociedad colonial dominó, como tenía que ser, el espíritu español; aquel espíritu creyente, leal, caballeresco, severo de costumbres, y hasta la exageración celoso de la honra. Basta examinar sus instituciones, su legislación, su literatura, especialmente la dramática y novelesca, para comprender el papel que la mujer representaba en aquella sociedad, en aquella familia sólidamente organizada sobre un tipo definido é invariable. Objeto de una especie de culto, idealizada por la poesía, rodeada de un profundo respeto en sus funciones de esposa y de madre, la mujer sin embargo se encontraba alejada de la vida pública; su conducta era escrupulosamente vigilada por los jefes de la familia, siendo con extremo circunspectas y moderadas sus relaciones con el otro sexo. Resignada con su situación; convencida de que aquellos límites le eran impuestos por la religión, por la ley y por la naturaleza, jamás pensó traspasarlos; pero en su esfera de acción le quedaba extenso campo en que desarrollar su actividad, cultivando las más nobles virtudes, y ejercien-

do una influencia real y benéfica, que se hacía sentir en la sociedad y en las costumbres así públicas como privadas.

Con tales ideas y tales prácticas, natural era que se atendiese á la educación religiosa y moral de la mujer, de preferencia á la instrucción, y que en aquella se adoptase la forma de recogimiento claustral, sea en colegios especiales ó en departamentos anexos á algunos monasterios de monjas. Este pensamiento lo vemos aparecer por primera vez en la fundación del Colegio de Niñas, como puede verse en los siguientes pasajes del acta respectiva:

“A los 30 de Julio del año de 1548, habiéndose juntado los Sres. Rector y Diputados que entonces eran, acordaron proceder á la fundación del colegio diciendo así: Y porque la perfecta caridad consiste en procurar con todas nuestras fuerzas excusar que Nuestro Señor Dios no sea ofendido y dar alimento espiritual y corporal á los pobres huérfanos, mirando esta santa cofradía del Santísimo Sacramento y caridad de esta gran ciudad de México, que aun más nece-

sario es el remedio en las huérfanas españolas ó mestizas que en los varones, porque según su flaqueza femenil están más propin-cuas á el caer, y suceder grandes males y daños de los yerros, que por falta de reco-gimiento cada día vemos, queriendo con ayu-da del favor divino poner algún remedio á lo dicho, ordenaron y mandaron que se haga un colegio y encerramiento en esta ciudad de México, donde estén hasta en número de cincuenta huerfanas pobres, que no tengan remedio, para que allí sean instruídas en las cosas de nuestra Santa Fe Católica, y ense-ñadas en toda virtud y buena manera de po-licia humana, para que de allí, estando hábi-les en lo espiritual y corporal, las saquen para casar y ponerlas en orden de vivir, para lo cual se hagan sus constituciones de manera que en todo sea Nuestro Señor muy servido y los naturales de esta Nueva España edifi-cados.

“Y ordenaron que cuando alguna de las dichas huérfanas se hubiere de casar, el di-cho Rector, Diputados y Mayordomos se jun-ten hasta mirar y saber la tal persona con

quien la tal huérfana se hubiere de casar, sabiendo qué persona es y qué oficio tiene, y si es persona que la podrá sustentar y no dejarla perdida, y el tal casamiento los unos con los otros no puedan hacer.

“..... Y ordenaron y mandaron cómo las dichas huérfanas tengan personas que las industrién en labrar, coser, tejer, hilar lino y lana, y hacer oficios mujeriles con que se puedan ejercitar, y de lo que así obraren se puedan vestir, y después cuando Dios les diere compañero se sepan regir.”

Sería traspasar los límites de este estudio, puntualizar los muchos establecimientos de beneficencia destinados á las jóvenes, fundados en México durante los tres siglos de la dominación española; baste observar que en todos ellos, dominaban las ideas que quedan señaladas, si bien con notables modificaciones en lo relativo á la instrucción, que por lo demás nunca pasó de ser enteramente elemental.

Esto no obstante, las personas acomodadas solían dar á sus hijas en lo particular una enseñanza superior, y así se explica el

número considerable de escritoras que figuraron en aquella época, distinguiéndose especialmente en el cultivo de la poesía, como puede verse en los diversos certámenes poéticos, celebrados con motivo de algún acontecimiento notable, no faltando en los conventos religiosas que escribiesen obras de devoción ó históricas relativas á su orden, y aun hubo una mexicana, Doña Francisca Gonzaga Castillo, que se dedicó al estudio de las Matemáticas, y escribió un libro intitulado *Efemeris*, calculado al meridiano de México para el año de 1757.

Particular mención debe hacerse en este lugar, de la célebre Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo, que tan celebrada ha sido por sus talentos poéticos, á los cuales unió vastísima instrucción en todos los ramos del saber humano, causando la admiración de sus contemporáneos, y dejando una huella luminosa en la historia de la literatura española.

Consumada la independendencia, prodújose una completa revolución en las ideas, que se manifestó en el terreno de los hechos por lar-

gas y sangrientas guerras civiles. México quiso colocarse de un salto al nivel de las naciones más avanzadas de la tierra, tanto en sus instituciones políticas como en su organización social; pero los hábitos, las tradiciones, los intereses creados durante los 300 años de la dominación española, opusieron fuerte resistencia, que fué preciso ir venciendo poco á poco, mediante una serie de esfuerzos y sacrificios heroicos. En medio de período tan tormentoso, algunas ideas lograron abrirse paso haciendo sentir desde luego su influencia; entre esas ideas se encuentran la libertad de imprenta y el mayor ensanche de la instrucción pública. Naturalmente la mujer tuvo que beneficiarse en esa nueva situación, cuyos frutos se han podido palpar en los últimos años, á la sombra benéfica de una paz prolongada.

Las reformas planteadas sobre punto tan importante pueden sintetizarse en estos términos: México ha puesto los medios para que la mujer adquiera una instrucción al igual del hombre. Así vemos que tanto en la capital como en los Estados se han mul-

tiplicado las escuelas destinadas á la instrucción primaria y secundaria de las niñas; estableciéndose también escuelas normales para profesoras, de artes y oficios propios de mujeres, quienes tienen además libre acceso á las superiores y profesionales, donde pueden seguir carreras antes reservadas á los hombres. Bien se comprende que sobre esto último la innovación ha encontrado obstáculos que le oponen preocupaciones y costumbres arraigadas; sin embargo, el número de alumnas en la Preparatoria, y en las escuelas de Medicina, de Jurisprudencia, de Bellas Artes y Conservatorio de Música crece todos los días, siendo verdaderamente extraordinario el aumento que cada año recibe el gremio de profesoras tituladas, especialmente en lo que se refiere á la enseñanza primaria y secundaria.

Una de las más importantes manifestaciones de la instrucción así difundida, es la parte que la mujer ha tomado en el cultivo de las letras, pues fuera de su cooperación en muchos periódicos, ha habido algunos especialmente fundados y dirigidos por Señoras.

En esos periódicos son dignos de notarse trabajos sobre multitud de materias, que dan aventajada idea de la capacidad é instrucción de sus autoras, quienes tratan con bastante acierto cuestiones históricas, literarias y científicas, sin olvidar los fines morales á que están llamadas por su sexo y por su educación.

Entre los objetos que la Junta de Señoras, presidida por la Señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, ha remitido á la Exposición de Chicago, objetos que dan alta idea de la instrucción artística de las mexicanas, se encuentra una Antología de poetisas, en que figuran noventa y cinco autoras. Interesante por demás es esa colección, no sólo por su número, sino por su contenido, y porque siendo manifestación espontánea de los sentimientos bajo los cuales brotaron esas composiciones, ofrecen sin duda un objeto digno de estudio, pues nos revelan en su fondo los rasgos distintivos del carácter de la mujer mexicana, y merecen por lo mismo que exponga brevemente las reflexiones que su lectura sugiere.

Llama desde luego la atención que en el siglo xvi, es decir, cuando apenas se habían echado las bases de la colonia, existiesen ya mujeres que cultivasen la bella literatura; pero la sorpresa disminuye al recordar la cultura precoz de la Nueva España. México fué la primera ciudad de América que tuvo imprenta; que poseyó una Universidad servida por distinguidísimos profesores venidos de España, y que vió levantarse en su seno con rapidez asombrosa multitud de monasterios de ambos sexos, que en aquella época eran otros tantos focos de ciencia, no sólo por la enseñanza que en ellos se distribuía, sino por las grandes bibliotecas que formaron y que contenían las obras más importantes sobre todos los conocimientos humanos. Notable es el ardor con que se emprendieron en aquel siglo toda clase de estudios. La historia, la lingüística, las ciencias naturales, se enriquecieron con numerosas y monumentales obras, que son objeto de constante consulta: á lo que hay que agregar el extraordinario desarrollo que alcanzó el cultivo de las bellas letras, y especialmente el de la poesía.

Ese cultivo, como era natural, fué en progresión creciente durante los tres siglos de la dominación española; y en efecto, durante ellos vemos aparecer una serie de poetisas que se dieron á conocer en los certámenes poéticos celebrados con motivo de algún suceso extraordinario, lo cual, si ofrece materia importante para la historia de las letras en México, no nos permite, con excepción de Sor Juana Inés, penetrar en el carácter íntimo de sus autoras, por tratarse de composiciones de circunstancias y de naturaleza enteramente objetiva. Sin embargo, descúbrese en ellas un fondo de religiosidad tan sólido, una dignidad moral tan pura, que fijan con toda claridad los rasgos distintivos del sexo femenino en México.

Después de la Independencia, la esfera intelectual se ensancha considerablemente: la difusión de la enseñanza, la libertad de imprenta, la multiplicidad de publicaciones periódicas, fueron otros tantos elementos que despertaron la actividad de las poetisas mexicanas, que en gran parte nos son dadas á conocer en la referida compilación. Las

luchas civiles que sobrevinieron, no hacían más que traducir en hechos el desencadenamiento de las ideas, que impelían á los espíritus en diversas direcciones, oscilando entre las tradicionales creencias del pasado y los bellos ideales de un porvenir iluminado por las prestigiosas ilusiones de esperanzas infinitas.

La imaginación, la sensibilidad, la ternura exquisita de las poetisas mexicanas, encontraron pábulo inagotable en aquella atmósfera candente de ideas y de pasiones, inflamadas al contacto del curso vertiginoso de sucesos que semejaban un completo desquiciamiento social: pero el fragor de las tormentas revolucionarias, al vibrar en las cuerdas de su lira, se impregna de una suavidad, de una dulzura melancólica, en que se derrama toda el alma de la mujer. Ella canta á la Patria, se duele con sus infortunios y se exalta con sus glorias, pero sin que transpire el odio ó la venganza; abre su corazón á las poéticas inspiraciones de sus creencias piadosas, sin que un acento de maldición se mezcle en sus misteriosas con-

fidencias con el infinito; siente con intensísima vehemencia la llama del amor; pero en el arrobamiento, en el éxtasis delicioso que envuelve su alma, ninguna imagen impura viene á manchar el candor de sus alas; y cuando el desengaño hiere sus ilusiones juveniles; cuando la mano brutal de un sér que no la comprende, aja las flores primaverales de su vida, se inclina resignada, y dirige sus ojos bañados en lágrimas, á esa región suprasensible de eterna justicia donde son bienaventurados los que lloran. El calor del hogar tiene para ella encantos inefables: allí brotan y se desarrollan los afectos más puros y profundos, el amor filial, el amor conyugal, el amor maternal, que fortifican su alma, infundiéndole abnegación heroica para soportar los reveses de la fortuna y las miserias de la vida.

Tales son en general los sentimientos que germinan y palpitan en esas composiciones, en que á lo sano del sentimiento se une la modestia y la sencillez de la expresión. Ahora bien, si la poesía es la traducción más fiel y genuina, no sólo del alma de donde brota,

sino de la sociedad en que se produce, puede decirse que la poetisa mexicana no hace más que embellecer inconscientemente con la palabra, las ideas y los sentimientos de su sexo; porque la escritora mexicana es ante todo mujer, y la mujer en México es sin metáfora el ángel del hogar; de ese santuario en que han tenido poco acceso las teorías disolventes de la familia, y que forma la piedra angular y solidísima del edificio social.

Las mexicanas han representado papel bien restringido en la vida pública, debido seguramente á los hábitos de recogimiento heredados de los pueblos precolombianos, y bajo forma diversa transmitidos por la colonia. Algunas veces, no obstante, ha hecho oír su voz en són de súplica ó protesta, cuando ha creído lastimadas sus ideas religiosas, ó amenazados ciertos intereses morales que se ligan estrechamente con la estabilidad de la familia. En las grandes contiendas que dividieron á la nación con motivo de la Reforma, gran parte de las mexicanas favorecía con su adhesión la causa conservadora, por lo que se relacionaba con la cuestión

eclesiástica: esto se explica teniendo en cuenta la ausencia casi completa de instrucción en materias políticas; la natural tendencia del corazón femenino á la piedad, y el imperio de la imaginación, que se alimenta con los recuerdos de la infancia y repugna toda innovación que desvanezca ó amengüe su prestigio. Sin embargo, en todo eso, la sensibilidad ejerció una influencia decisiva; los afectos individuales tomaron el lugar de convicciones, lo cual produjo una especie de cisma en el bello sexo, que por fortuna duró poco; debiendo advertir que aun en los períodos de mayor efervescencia, la mujer no olvidó los sentimientos de caridad y de ternura que forman el fondo de su carácter.

Aquí es oportuno recordar dos figuras notables que aparecen en las dos épocas más importantes de nuestra historia, la conquista y la independencia: me refiero á Doña Marina y á Doña Josefa Ortiz. Las circunstancias que rodearon á la primera; sus antecedentes, sus relaciones con el conquistador, el participio que tuvo en el triunfo de

las armas españolas, la revisten de cierto carácter legendario y novelesco con que ha pasado á la imaginación del pueblo. Difícil es definir la fisonomía moral de esa mujer extraordinaria, en quien parece haber dominado la pasión y algo de asombro supersticioso hacia Cortés; la verdad es que ni los historiadores indígenas, ni la tradición popular. hacen pesar sobre ella el cargo terrible de haber servido de instrumento á los subyugadores de su país y de su raza; mientras que por el contrario, los cronistas españoles consideran su auxilio como un milagro de la Providencia para abrir el camino á la predicación del Cristianismo. Por lo que respecta á Doña Josefa Ortiz, no podría darse gloria más pura, más exenta de toda mancha. En ella se ve el amor patrio sin mezcla de ningún sentimiento bastardo: poseída de la grandiosa idea que ocupaba á los libertadores, y temblando ante la posibilidad de que se frustrase la revolución ya preparada, precipita el momento decisivo, pudiendo decirse que su voz es el espíritu que mueve el brazo de Hidalgo, la chispa que pro-

paga la hoguera, de cuyo seno se alzaría radiante y magnífica la soberanía nacional.

No es esto todo: la dulzura genial del bello sexo mexicano; la atmósfera de romántico retraimiento en que su vida se desarrolla, no han impedido que el sentimiento patrio tome en su corazón proporciones heroicas, que la encumbran á esa esfera en que los antiguos colocaban á los semidioses. Entre los varios ejemplos que sobre este particular podrían citarse, escojo dos, dignos por sí solos de atraer sobre sí la admiración y el entusiasmo de la humanidad entera. Era la época en que México sentía cernerse sobre su cabeza la tempestad más terrible y siniestra que le ha amenazado en su existencia social y política. Abusando de su debilidad, las huestes de Napoleón III, bajo pretextos injustificados y mediante manejos que la historia ha condenado severamente, habían invadido el país, en la creencia de poder disponer á su antojo de los destinos de un pueblo, á quien juzgaban incapaz de oponer resistencia, los que en su propia opinión eran tenidos por los prime-

ros soldados del mundo. En aquellos momentos de incertidumbre y de estupor, en que no faltó, sin embargo, la resolución de luchar hasta el último extremo con el audaz enemigo, Ignacia Riech toma las armas y se incorpora en las filas de los defensores de la Patria, resuelta á compartir su azarosa existencia. Hija de una familia distinguida de Guadalajara, había llegado ya á la edad madura, haciéndose notar por la austeridad de sus costumbres y por su ánimo varonil, muy superior á la timidez de su sexo. Al lado del general Arteaga, fusilado más tarde en Uruapan por las tropas imperialistas, siguió la azarosa campaña emprendida por el cuerpo de ejército que mandaba aquel jefe, y en las muchas acciones que tuvo que sostener con el enemigo, se vió siempre á Ignacia Riech en las primeras filas, batiéndose como el más valiente soldado, yendo después del combate, como humilde hermana de la caridad, á curar á sus compañeros heridos. Con la resignación del valor desgraciado, vió destruídas las fuerzas de que formaba parte, y se retiró con un

grupo de oficiales dispersos á un pueblo de Michoacán: allí, uno de ellos, sin comprender seguramente la patriótica abnegación de aquella mujer insigne, se permitió hacerla objeto de impertinentes alusiones, y ella, que había afrontado impasible las balas enemigas, se sintió sin fuerzas para resistir la humillación que iba á herirla de entre sus mismos hermanos, y en el colmo del desaliento puso fin á su vida, creyéndose abandonada de todo apoyo y de toda esperanza.

En la misma época, otra mujer, Agustina Ramírez, hija también de Jalisco, acompañaba al ejército de Occidente, que expedicionaba en Sinaloa al mando del general Corona, en cuyas filas figuraban como soldados el marido y trece hijos de dicha mujer. Reñidísima y llena de episodios sangrientos fué aquella campaña: Agustina Ramírez, sin embargo, no desamparó su puesto un solo momento: después de cada combate, recorría el campo de batalla en busca de las prendas de su corazón, y con una alma verdaderamente espartana, con una entereza sin ejemplo, vió morir uno tras otro

á su marido y doce de sus hijos, retirándose al fin de la campaña con el único que le quedaba, á su desierto y miserable albergue, sin valorar tal vez en su heroica humildad, lo inmenso del sacrificio que había hecho en aras de la Patria. . . .

Pero es preciso concluir, resumiendo en pocas palabras el rápido bosquejo que precede. En la mujer mexicana actual se han fundido, por decirlo así, las tradiciones azteca y española, esto es, los principios morales, que emanando de diversas fuentes, se han identificado en su práctica y trascendencia. Las ideas antiguas, rodeadas de un aparato de sangriento rigor, tuvieron que suavizarse al contacto del espíritu cristiano y de los poéticos ideales de la Edad Media, llevados hasta la exageración por la caballeresca nación española. Al *Calmeacac* y al *Telpuchcalli*, sucedieron el Colegio y el Convento; los cantos y danzas en honor de *Moyucoca*, *Tezcattlipuca* y *Yaotli*, fueron sustituidos con las místicas plegarias á Jesús y á la Virgen María; la transformación fué profunda, pero fácil, porque se efectuaba sobre

un fondo común de sentimientos verdaderos y sanos, fuertemente garantidos por la creencia y la ley. La estabilidad de la unión conyugal comunica poderosa solidez á la familia; la mujer se considera como la compañera inseparable del hombre, sin pretender usurpar el lugar que la naturaleza ha asignado á este último, y sigue su suerte próspera ó adversa, ejecutando sin murmurar el papel que le corresponde como esposa y como madre. En ella el sentimiento del deber es superior á la idea del derecho, y de allí la inclinación á perdonar, que casi siempre sofoca todo deseo de venganza por el agravio recibido; la resignación para consumir los más dolorosos sacrificios, y la caridad inagotable para aliviar en cuanto puede los sufrimientos de sus hermanos. La educación que ha recibido, mediante la cual se han manifestado las altas dotes intelectuales que posee, al ensanchar el círculo de sus conocimientos, ha dejado intacto su carácter moral; y al través de la literata, de la artista, de la poetisa, se encuentra siempre á la mexicana; es decir, á la hija, á la espo-

## LA MUJER MEXICANA.

sa, á la madre, que con sus gracias y su ternura embellece y vivifica el hogar, manteniendo en cierto nivel la moralidad pública y privada, que constituye la base fundamental de la dicha y prosperidad de los pueblos.